

iluminó con melancólica claridad lunar. Los fuegos habían terminado. Centenares de cohetes de arranque, disparados á la vez, salían del atrio. Ascendían, trazando en los espacios gigantescas curvas, tronaban en lo alto, y de la explosión brotaban raudales de polvo de oro, centenares de luces que al descender semejaban una lluvia de piedras preciosas. La charanga se soltó tocando el Himno Nacional. Dominó Gabriela su abatimiento, y me dijo en voz baja, con expresivo acento sigiloso:

—Hoy le contesté á Ernesto. Papá lo ignora, sólo vd. lo sabe. . . . Dígame, Rodolfo: ¿Quiere vd. á Angelina, así, como yo quiero á Ernesto?

—Sí.

—¿Y ella le ama á vd?

—Sí, mucho! ¡Como no lo merezco!

—Pues bien, amigo mío: sea vd. digno de ella!

La fiesta había concluido, la multitud se dispersaba, y los tertulios de don Carlos salían en busca de las señoras para despedirse de ellas. Media hora después estaba yo en mi casa. Me encerré en mi cuarto y escribí larguísima carta. ¡Ay! Una carta que nunca llegó á manos de Angelina.

## LXI

A las siete, cansado de esperar á mi tía Pepilla, me senté á la mesa. Juana se apresuró á servirme. En esos momentos llegó la anciana.

—¡Ay, Rorró! ¡Qué dirás de mí! ¡Pero, hijito de mi alma, qué misa tan larga! ¿Ya te desayunaste? ¿No? Pues aquí tienes compañera. . . . Vamos, Juana; pronto, prontito, vea vd. que Rorró tiene que irse! . . . .

Tía Pepilla puso en un extremo de la mesa el libro y el rosario, y quitándose el pañolón le arrojó sobre el respaldo de una silla.

—¿Te vas hoy?

—Sí, tía; luego que acabemos. Ahí en mi mesa está una carta para Linilla. Mándela vd. con el que venga de San Sebastián. Hoy ó mañana vendrá el muchacho. . . .

—Si tú vieras, Rorró,—contestó mi tía precipitadamente—que ya voy entrando en cuidado. Hace más de quince días que no tenemos noticias de Angelina. Antes. . . . ¡vaya! . . . la Semana Santa. . . luego los huéspedes. . . pero ahora! . . . Las niñas Castro Pérez llegaron desde antier. . . ¿Por qué no escribió con ellas?

—¡Así la dejarían de aburrida!

—Tal vez. . . ¿Quieres mantequilla? Juana: traiga vd. la mantequilla! Yo voy á escribir esta tarde, para que si alguno viene no tenga que esperar. . . Luego tengo que andar á las carreras.

—Oiga vd., tía: si Angelina me escribe, ya le sabe vd., luego, luego, me manda vd. la carta. Le diré á Mauricio que pase por acá todos los días.

—¡Bueno! Con él te mandaré la ropa. Ese Mauricio tiene cara de buen muchacho. ¡Qué respetuoso! ¡Qué bien hablado!

Y la tía se soltó charlando alegremente. Estaba muy contenta, contentísima.

¡Qué gusto, Rorró, qué gusto! Nada de lidiar con los chicos. . . Desde el día primero voy á descansar. . . ¡Ya los niños me tienen hasta aquí! ¡Para eso Angelina! . . . ¡Lo mismo que para cuidar de un enfermo! . . . Ya te lo he dicho, Ro-

rró; si Angelina no se casa ha de parar en hermana de la Caridad. Tiene vocación, hijo, tiene vocación! El otro día se lo dije al P. Solís, y me contestó: «¡Tiene vd. razón!»

—¡Vaya con vd. y con el P. Solís! ¿Angelina monja? ¡Dios nos libre! Linilla será esposa y madre de familia. . .

Miróme fijamente la anciana, y, sonriendo, me dijo:

—¿Te casarías con Linilla?

—¡De mil amores!

—Ese casamiento sería muy de mi gusto. Dicen por ahí, pero yo no lo creo, que estás enamorado de Gabriela. . .

—¡No, tía! Ya sabe vd. que las gentes dicen cuanto se les ocurre. . .

—Pues mejor, hijo, mejor! Yo quiero mucho á Linilla! . . . Gabriela será muy elegante, muy bonita, muy rica, ¡cuanto tú quieras! pero donde está Angelina. . .

Era preciso irse.

—Bien, tía. . . —dije levantándome—ya es hora de montar á caballo. . .

—¿No te despides de tu madrina?

—Sí, ¡cómo no!

Nos dirigimos á la recámara,

Tía Carmen estaba cerca de la cama, sentada en su sillón. Me recibió risueña y cariñosa.

—¿Ya te vas?

—Sí, tía. . . . quiero llegar temprano.

Nunca la ví más pálida ni más débil; apenas oíamos lo que decía. La parálisis era casi completa. La pobre anciana tenía un brazo completamente inmóvil y los dedos contraídos. En las extremidades inferiores no había fuerza; los pies estaban hinchados.

—Rorró:—exclamó tía Pepilla—dile á tu madrina lo que te recomendó el doctor.

—Sí, tía; ejercicio, mucho ejercicio; siquiera una vuelta por la sala todos los días; una vuelta, una sola, madrina! Eso de estar así, sentada, todo el día sentada, no puedo ser bueno! . . .

—Pero. . . . si. . . . no puedo!—murmuró.

—Un esfuerzo. . . .

Tía Pepa me hizo una seña para que viera yo los pies de la enferma. Los tenía tan hinchados que apenas cabían en los pantuflos.

—¿Verdad, madrina, que hará vd. todo lo que le mande el Doctor?—Me respondió que sí, moviendo la cabeza.

—¿Verdad que tomará vd. las medicinas? Sonrió é hizo un movimiento afirmativo.—Tía Pepilla

tenía húmedos los ojos. Me acerqué, y arrodillándome junto al sillón quise abrazar á la anciana.

—¡Adiós, tía! Vendré la próxima semana.

—Bueno. . . . bueno!—dijo con mucha dificultad, y con voz tan débil, que apenas la oíamos.

—¡Quiera Dios que me encuentres viva! Estoy muy mala. . . . pero. . . . ni ésta ni Sarmiento quieren creerlo.

—¡No tía!—prorrumpí, riendo—Está vd. nerviosa y por eso se siente vd. tan débil. . . .

—Vaya. . . . vaya,—me dijo sonriendo dolorosamente—dame un abrazo. . . .

Cuando me levanté y me incliné para darle un beso en la frente, ví que por las pálidas mejillas de la enferma rodaban dos lágrimas, dos lágrimas de esas que en el rostro de un cadáver parecen gotas de rocío en el seno de una rosa blanca.

Salí del aposento con el corazón hecho pedazos. Tía Pepa me seguía silenciosa y cabizbaja. . . .

Por fin habló:

—¿Qué dices de eso?

—Nada, tía; que si por mí fuera. . . no me iría yo! . . .

—¿Cuándo vuelves?

—El domingo. . . . Pediré licencia.

—Sí, sí, ven.... Mira que estoy sola, muy sola!....

—Dígale vd. á Andrés que venga todas las noches....

—¡No dejes de venir el domingo!

—Aquí estaré.

No quise irme sin hablar con Sarmiento. Le hallé en su casa.

—Vaya, muchacho.... Ten valor!.... Fía en mí.... Si algo tenemos que me parezca grave, no tardaré en avisarte.... pero no quiero que vivas engañado..... Todas las cosas tienen su fin.... El estado general de tu tía es malo, malísimo, pero, repito: por ahora no hay que temer.... Más tarde, cualquier día.... En fin.... ¡Dios dirá! Vete con Dios.

Al pasar hablé con Andrés.

—No tengas cuidado, amito. Iré todas las noches.... Vete tranquilo.... Anoche estuve con tu tía y estaba muy contenta.

Y tomé el camino de la hacienda. El corazón me iba diciendo que tía Carmen no viviría mucho..... ¡Siete años de enfermedad! ¡Ya era tiempo!....

## LXII

No me atreví á pedir licencia para ir á Villaverde, aunque las noticias recibidas esa tarde no eran buenas. Tía Carmen había tenido calentura muy ligera. Un resfriado, en concepto del Doctor, y nada más. Sin embargo, no estaba yo tranquilo.

Trabajamos en el escritorio hasta las ocho de la noche, y al sentarnos á la mesa me dijo don Carlos:

—Mañana, después de misa, escribirá vd. esas cartas, y por la tarde haremos la liquidación esa. Quiere Gabriela unos papeles de música. Me dice que están en el piano; recójalos vd. y mándeselos. Ahí en la mesa está la lista....

Cenamos alegremente. El señor Fernández es-

taba de buen humor, y durante la comida charló á su gusto de las fiestas de Villaverde. Después habló de trabajos agrícolas y de las obras del camino de hierro.

—Es de sentirse,—decía—que el ferrocarril no pase por Villaverde. Pluviosilla será la ciudad que saque más provecho. En sus aguas y en sus ríos tiene una fuente de riqueza.... ¿Cuántas fábricas tiene ahora? Una.... Pues de aquí á veinte años ¡ya verán ustedes!.... Sería oportuno adquirir terrenos en Pluviosilla, particularmente cerca de los ríos.... Dentro de pocos años han de valer el doble de lo que ahora cuesten. Pluviosilla será, no hay que dudarlo, la primera ciudad fabril del Estado y de la República....

Los criados se habian retirado ya. De pronto apareció Mauricio en el comedor, diciendo que alguien me buscaba.

—¿A mí?—pregunté sobresaltado.

—Sí, traen una carta....

—¿Quién la trae?

—No lo conozco.

Me levanté precipitadamente en busca del desconocido. Me traía dos cartas: una de Linilla y otra de tía Pepa. Corrí á leerlas.

—¿Qué pasa?—preguntó don Carlos—¿Algo de cuidado?

Abrí el pliego. No contenía más que unos cuantos renglones.

«Carmen está muy grave. Ya el Doctor mandó que se disponga, y á las cinco recibirá el Viático. Vente luego, luego; pide permiso, que el Sr. D. Carlos no te lo ha de negar. Considérame.»

Puse la cartita en manos de don Carlos. Le yóla de una ojeada, y exclamó:

—Pues que ensille Mauricio, y váyase vd!

Y dirigiéndose al mozo agregó:

—Te vas con el señor.

Media hora después íbamos, y á buen paso, camino de Villaverde.

La noche estaba oscura. Allá en el corazón de la Sierra fulguraba lejana tempestad. Oíanse truenos lejanos, muy lejanos, y de cuando en cuando, á la luz de los relámpagos, descubríamos las cimas de los montes más distantes. El cielo parecía envuelto en una red de rayos.

Amenazábanos la lluvia, caían gruesas gotas, y en el bosque cercano resonaban las arboledas como al paso de impetuoso viento. Silbaban las

serpientes entre los matorrales del camino, zumbaban mil insectos entre las hierbas, y el ruido del aguacero se aproximaba rápido y pavoroso. Los árboles me parecían espectros; las luces de las chozas cirios que ardían delante de un cada-ver.

Ibamos al trote. Yo iba silencioso y angustiado; Mauricio me seguía diligente y respetuoso. La lluvia no invadió el valle, se detuvo en las montañas, descargó allí, y pronto fué despejándose el cielo. Allá, rumbo á Villaverde, centelleaban las estrellas del Carro. La tempestad seguía batallando, pero ya floja y desmayada, en lo más remoto de la Sierra.

«¡La muerte!—pensaba yo, mientras Mauricio silbaba entre dientes un canto melancólico—¡La muerte! Voy á verla llegar. . . . acaso ha llegado á esta hora. . . . Nunca creí que los míos, los que yo amaba, pudieran morir! . . . »

Me dolía el corazón, y mi pensamiento iba de una cosa á otra sin detenerse en ninguna. Complacióme el recuerdo de mejores años, de venturosos días; suspiraba yo por la tranquilidad del Colegio en que pasé dos lustros, y me parecía que las alegres memorias de la infancia alejaban de mí pesares y dolores. ¡Angelina! ¿Dónde es-

taba Angelina? ¡Cómo lloraria por la enferma! ¡Gabriela! ¡Qué dulcemente consolaria á su amigo! Pero luego caía yo en un abatimiento tal y tan grande, que no acertaba yo á guiar la caballería. «¿Por qué se mueren las gentes ¡Dios mío! por qué?—repetía yo—¿Por qué quieres llevarte á la pobre anciana?» ¡Necio de mí que no acerté á pensar que la muerte estaba tan cerca! No, sí, lo pensé; lo pensé muchas veces; pero siempre la ví lejos, muy lejos! . . . Y ahora venía de pronto, insidiosa, inesperada. . . cruel. . . terrible! . . . El que se muere —me decía yo— es como un naufrago arrebatado por las olas: lucha por ganar la orilla, todos los que le aman quieren salvarle, y no pueden, y es imposible, todo esfuerzo es inútil. . . . y el infeliz pide socorro. . . . y parece que no le oyen! . . . ¡Horrible! ¡Horrible!

Angustiado, trémulo, me dirigía yo á Dios, pidiéndole ayuda, pidiéndole un milagro! . . . El corazón, rendido de cansancio, quedaba insensible; la inteligencia entorpecida no acertaba á fijarse en nada. . . . hasta que recobraba fuerzas el corazón. Entonces me ocurría que todo aquello era una pesadilla espantosa, de la cual despertaría yo consolado y feliz. Pero ¡ah! la realidad es-

taba allí, delante, cruel, implacable. Y oraba yo devotamente, lleno de fe, con fe de santo, y acudían á mis labios las oraciones que aprendí de niño, y las recitaba yo cuidadosamente, poniendo el alma y la vida en cada frase, en cada palabra, en cada sílaba. Deseaba yo llegar á Villaverde, y me sentía tentado de volverme á la hacienda, y huir, huir á las montañas, á los bosques, á ciudades remotas, para no saber nada, nada de lo que acontecía en mi casa. Quería yo verme rodeado de mis amigos, de todos mis amigos, de todos, para refugiarme en su afecto como en un puerto de salvación. . . . . Tenía miedo de estar solo, y á cada rato miraba yo si Mauricio iba cerca de mí. . . . .

No sé qué hora sería cuando entramos en Villaverde. Pasada la garita seguimos por la calle Principal. ¡Estaba desierta! No podía ser de otra manera, pero yo esperaba que estuviese llena de gentes, de amigos que vendrían á mi encuentro para decirme: «No temas: ¡todo ha sido un sueño! . . . .

Y no había nadie, nadie! Aullaba un perro en una callejuela. Los serenos que dormitaban en las esquinas, sentados cerca de su linterna, se levantaban al oír el paso de los caballos, saludaban,

y se iban á lo largo de las aceras perezosos y distraídos. . . . . Los faroles mortecinos brillaban de trecho en trecho con luz rojiza en la obscuridad de las calles, como cirios en funeraria pompa.

Unos cuantos minutos y estaría yo á la cabecera de la enferma. Las pulmonías y las fiebres perniciosas son terribles en Villaverde, pocos ancianos las resisten, y mi pobre madrina, achacosa, débil, extenuada por largos padecimientos, tendría que sucumbir. Pero no, por qué, si la queríamos tanto. . . si era tan buena, tan cariñosa. . . . ¡si era una santa!

—Por aquí, señor, por aquí llegaremos más pronto. . . . —me dijo Mauricio, que iba á mi lado—Yo conozco muy bien las calles, porque antes venía yo todos los días á vender leche.

Le seguí sin oír lo que el mancebo decía. ¡Cómo resonaba en la calle desierta el paso de las calalgaduras!

—Aquí!—exclamó Mauricio, deteniendo el caballo.

—No es aquí. . . .

--Sí, señor.

—El zaguán estaba abierto. Por una de las ventanas salía un torrente de luz.

Lo comprendí todo. Sentí que se me desga-

rraba el corazón, que la sangre se me subía al cerebro. Al apearme del caballo ví, sin quererlo, el cadáver de mi madrina. Estaba velado con un lienzo blanco.

Andrés me recibió en sus brazos.

—¡Bien te lo decía el corazón!

Vacilante, sin saber lo que hacía, me dirigí á la sala, apoyado en el noble servidor que no podía contener los sollozos.

Tía Pepa salió á mi encuentro, reclinó en mi hombro la encanecida cabeza, y sin decir una palabra me abrazó fuertemente.




### LXIII

Cuando regresamos del cementerio me retiré á mi cuarto. Allá me siguió Andrés. Sentado cerca de mí pretendía distraerme con no sé qué historias de mi infancia. Yo le oía sin contestar. De pronto entró mi tía.

—Rorró: ¿te dieron una carta de Angelina?

—No.

—¿Cómo no? Te la mandé ayer con el mozo que fué á llamarte....

—Tiene vd. razón.

Me levanté y fui en busca de la carta. La tenía yo en el bolsillo de la blusa.

«Rodolfo:

«Perdóname si esta carta te llena de amargura. Bien sé que me amas, y comprendo que mis palabras van á lastimarte el corazón; pero algún día, cuando seas feliz, porque hoy no lo eres, me agradecerás lo que ahora ha de causarte tanta pena.

«Olvídame, olvídame, yo te lo ruego, yo te lo pido por la santa memoria de tus padres que están en el cielo, por tus tías, á quienes tanto quieres y que te quieren tanto!

«Al escribir estos renglones estoy bañada en lágrimas, siento que el alma se me va, porque te he amado y te amo todavía con todas las fuerzas de mi corazón; pero he comprendido que debo ser franca; que haría mal, muy mal, si fomentara en el tuyo un sentimiento que te cierra las puertas de un porvenir que yo no debo malograr. ¿Te causan sorpresa mis palabras? Pues óyeme en calma. Muchas veces le he preguntado á mi corazón si te ama como mereces ser amado, y siempre me responde que sí; pero mis gustos me inclinan hacia otro lado, me llevan por otro camino. . . . ¿A dónde? Yo misma no lo sé. Acaso á servir á los pobres, á los enfermos, á los huérfanos como yo, para quienes el mundo es un desierto. Tal vez no sería yo una buena esposa, y tú puedes y debes ser amado de quien sea digna de tí. La ilusión engaña; la esperanza es una sirena que nos atrae á los abismos. ¿Estás seguro de que el amor que me tienes no es una impresión fugitiva? ¿Verdad que nó? Empiezas á vivir, eres un niño, y no sabes que los afectos

son efimeros. Te engañas cuando dices que á nada aspiras, que nada ambicionas. No sospechas cuántos encantos y cuántas seducciones tiene la vida!

«Perdóname, y no pienses mal de mí; serías injusto, y la injusticia no cabe ni cabrá nunca en un corazón tan noble y tan generoso como el tuyo. Vive para tus tías, vive para ser feliz, que yo buscaré en Dios otra felicidad mejor que todas esas tan codiciadas en el mundo.

«No pienses que el término de nuestros amores se debe á todos esos embustes que corren en Villaverde, que trajeron hasta aquí las Castro Pérez, y de los cuales tú mismo me has hablado; no, Rodolfo: no soy injusta ni ligera. Ya me conoces. Nunca he creído que fueses capaz de engañarme. Tampoco creas si elijo un estado distinto del que prefieren todas las mujeres, que lo hago por despecho ó atraída por una falsa vocación. No; considera que si no he querido engañar á un hombre, no he de querer engañarme yo misma, ni engañar á Dios.

«Mucho le pido que te dé fuerza y resignación para sufrir este golpe, y te dará las dos cosas porque en cambio le he ofrecido mi vida.

«Papá te dará tus cartas; tú le entregarás las

mías. ¿Te acuerdas que al despedirme de tí me quité del cuello una medallita, y te la di? Pues deseo que la conserves siempre, para que si un día te casas y tienes hijos se la des al que tú prefieras. ¿Harás lo que te pido? Sí; porque con eso me darás una prueba de que mi memoria es dulce para tí.

«¿Verdad, Rodolfo, que no me guardarás rencor? Eres muy bueno, y me perdonarás.

«No me escribas. ¿Para qué? Acabaron nuestros amores, es cierto, pero en lo de adelante seremos muy buenos amigos.

«Cuida mucho de tus tías. Si algún día necesita papá de tus cuidados, vela por él, y págale, en nombre mío, cuanto le debo yo.

ANGELINA.»

Indignado, colérico, estrujé la carta, y yo que no tuve en mis ojos una lágrima ni en los momentos de amortajar á mi tía, á quien tanto amé, á quien tanto debía yo, que tanto me quiso, que fué para mí como una madre, no pude resistir aquel nuevo dolor. Sentí que me ahogaba, y me eché á llorar como un chiquillo.

—¿Qué te pasa?—gritó Andrés asustado.

—¡Nada!—le respondí sollozando.

## XLIV

Respeté, con gran dolor de mi alma, los deseos de la joyen. Seguro de la sinceridad de sus palabras, oculté mi pena y busqué consuelo en el trabajo.

Luego que Angelina supo el fallecimiento de mi tía, nos escribió una carta muy sentida. El P. Herrera vino á Villaverde pocos meses después, le hospedamos en nuestra casa, y estuvo con nosotros varios días. Entonces le contó á mi tía, muy en secreto, que la muñeca quería dejar el mundo y hacerse hermana de la Caridad. El santo sacerdote estaba muy triste. Todos temíamos que aquel monjío le costara la vida.

—¡Hágase la voluntad de Dios!—exclamaba.

—Yo me había soñado que Linilla y Rodolfo...

Pero, en fin. . . . ¡Vaya con la muñeca! Dios me la trajo y Dios se la lleva!

Aun conservo las cartas de Linilla. El P. Herrera nunca me dió las mías.

—¡Para qué!—pensaría—¡Cosas de muchachos!

Angelina profesó en México dos años después. Cuando las Hermanas fueron expulsadas pasó á París, y de allí la mandaron á Cochinchina.

En París la vieron los señores Fernández.

—¡Si vd. la viera, Rodolfo!—me decía la señora.—¡Lindísima! Parece una santa.

El P. Herrera murió á fines del 78 en su curato de San Sebastián. Poco antes fué llamado al coro de la Catedral de Jalapa, pero el humilde anciano renunció la prebenda.

—¡No! ¡No!—contestó—No quiero canonjías. . . . De aquí. . . . al cielo, si Dios Nuestro Señor tiene piedad de este pobre pecador!

Gabriela casó con Ernesto, y es madre de dos niños tan hermosos como ella. ¿Es feliz? Creo que sí. La rubia señorita era muy lista é hizo de su novio un marido discreto, laborioso y de excelentes costumbres.

A mi juicio nunca fué calavera ni jugador. Sospecho que le calumniaron, que para el caso cual-

quiera ciudad se parece á Villaverde, y en todas partes abundan los amigos como Ricardo Tejada y los señorones como Castro Pérez.

Mi generoso rival cayó en la red, y se casó con Teresa. Luisa se ha quedado para vestir santos.

Ocaña se metió á tinterillo. Venegas renunció la *Escuela Nacional*, se lanzó á la revolución, y ahora es diputado—por obra y gracia de Tuxtepec.

Buena memoria dejaron en Villaverde el Doctor Sarmiento y mi buen maestro don Román. Todos se acuerdan de ellos, alaban sus virtudes, y se dicen amigos del uno y discípulos del otro.

Andrés y tía Pepilla vivieron todavía mucho tiempo tranquilos y contentos. Tuve la dicha de cerrarles los ojos, y les dí cristiana sepultura junto á la tumba de mis padres.

En cuanto á mí. . . . No me he casado, y vivo muy feliz, gozando del fruto de mi trabajo. En él encontré consuelo y fortaleza. El trabajo productivo me apartó de aquellos idealismos románticos que me causaron tantas amarguras. No soy rico, pero estoy contento con mi suerte; ya sé lo que valen los hombres, y no espero de ellos lo que no pueden darme. Tengo pocos amigos, pe-

ro, eso sí, muy buenos y merecedores de toda estimación.

No hago versos, ni vivo entregado á los delirios de la fantasía. Creo que no es cuerdo andarse por las nubes cuando hay abajo tantas cosas que reclaman nuestra atención. Sin embargo, no desdeño los libros, he comprado muchos, y con ellos me paso largas horas. Aun suelo leer versos de Lamartine.... y.... á la verdad.... ¡como Lamartine no hay otro poeta para mí!



## LXV

Aquí concluye esta novela sencilla y vulgar. He *vivido* otras muchas, (que no merecen ser escritas) muy dramáticas é interesantes, pero ninguna como ésta tan sincera y tan casta, triste flor de mi dolorida juventud.

*Angelina* se llama en memoria de la pobre niña que sacrificó por mí, con sublime heroísmo, todas las ilusiones de su vida.

En lo más hondo de mi corazón, como la huérfana lo deseaba, hay un rinconcito que no he profanado con el amor de otra mujer, y allí vive Linilla.

Orizaba, Diciembre de 1893.



Este libro se acabó de imprimir  
en México,  
en la Antigua casa de Eduardo Murguía,  
el día 16 de Agosto del año de 1895.



